

ESA MALDICIÓN ECOLÓGICA LLAMADA CAPITALISMO

DIEGO DÍAZ HORMAZÁBAL

El capital no come porque alguien tenga hambre: el capital siempre está comiendo.

ANDREAS MALM

Como humanidad estamos siendo espectadores de dos grandes fenómenos que amenazan nuestra existencia y ponen en peligro la vida a escala planetaria: por un lado, la agravación de las consecuencias del cambio climático y, por el otro, el auge de nuevas formas de autoritarismos en el núcleo de las democracias occidentales. Un factor común aún más problemático lo encontramos incrustado en ellos: el capitalismo. ¿Cuáles son las relaciones que podemos encontrar entre estos tres puntos? ¿Es posible pensar en agenciamientos tales como capital-autoritarismo, capital-cambio climático, autoritarismo-cambio climático?

En este escrito se pretende analizar la posibilidad de encontrar trazos demarcados entre estos tres puntos que los enlacen, que los unan y que los delaten. ¿Pero qué es lo delatable? ¿Algo oculto se debe poner de manifiesto frente a la mirada incrédula? Nada que no hayamos visto con anterioridad, ninguna cara escondida detrás de la máscara. Más bien, es la sinuosidad de estas relaciones la que debe aclararse, desdibujarse tal y como se nos han presentado: como si fueran problemas ajenos entre ellos; tres fenómenos coincidentes en tiempo, más no en espacio, y menos en forma. Los crímenes que se les imputan son tan amplios como graves: apropiación de lo común y atentado contra ello. Apropiarse de la Tierra y atentar contra ella, apropiarse de los ecosistemas y atentar contra ellos, apropiarse de la

vida animal y atentar contra ella, apropiarse de la vida humana y atentar contra ella.

Comenzando la segunda década del segundo milenio, la humanidad, que ha sabido nutrirse de los mares, de los ríos, de los bosques, de los desiertos y de las montañas de la Tierra –definitivamente más de lo que se requiere–, debe ser capaz de identificar a sus agresores: el capital y el autoritarismo. Pero se debe tener cuidado de no volver a estos objetos trascendentales, como si fueren entes exteriores los cuales vienen a arruinar nuestra casta fiesta: el capital y el autoritarismo también se encuentran dentro nuestro, mediando nuestras relaciones sociales. ¿Cómo hacer frente a esta aparente paradoja? ¿Somos simples víctimas de una estructura que abusó de nosotros y nos implantó su “maldad”? ¿Acaso debemos entendernos como una plaga a la cual hay que erradicar, sacrificarnos para que la naturaleza descansa de nosotros? ¿O, por el contrario, somos una especie de ángeles salvadores de la vida en este planeta? Por supuesto que en este escrito no encontrarán las respuestas a cada una de estas preguntas, pero sí podemos utilizarlas como guías para hacer frente al complejo escenario contemporáneo que nos toca vivir: una crisis ecológica a escala planetaria fomentada por un capitalismo el cual funciona como una máquina a través de la cual entra vida, por un lado, y bota muerte por el otro. Sin bastarse a sí misma, además, tuvo que cooptar a los Estados, los cuales, en última instancia, se nos presentan como autoritarismos en pie de guerra contra la Tierra y sus humanos.

Axiomática capitalista o ¿Existen límites para el capital?

La violencia armada y el poder de la Ley, históricamente, han sido armas fundamentales con las que el capitalismo se ha logrado imponer, y es mediante estas mismas herramientas que, día a día, pretende extraer de la Tierra todos sus frutos. El término “extracción”, generalmente ha sido utilizado para referirse a sacar algo que está incrustado en la tierra: carbón, petróleo, minerales, etc. Verónica Gago y Sandro Mezzadra (2020) han intentado ampliar este término, conectándolo con los de “desposesión”

y “despojo”, de tal manera que también podemos hablar de “extracción de datos” y “extracción financiera”:

La extracción no puede reducirse a operaciones vinculadas a materias primas devenidas *commodities* [mercancías] a escala global. Por un lado, porque la dinámica de lo digital y de lo financiero tiene un papel fundamental incluso en las operaciones de extracción de materias primas, en la organización de la logística de su circulación y hasta en la determinación de alzas y bajas de precios en las bolsas internacionales. [...] la extracción no puede ser confinada a materias inertes. Esta se vincula también a la extracción de fuerza de trabajo, en un sentido tal que permite ampliar y complementar la noción de explotación (Gago y Mezzadra 2020, 282).

Para lograr entender de qué forma es que también podemos hablar de “extracción financiera”, será necesario dar cuenta de la violencia con la que este modo de producción se lleva a cabo, al igual que lo violentas que son las extracciones de recursos naturales. La historia de los modos de producción se alza miles de años antes que este. Según Deleuze (2017), estaríamos hablando de, por lo menos, 10.000 años a.c. Por lo tanto, para entender cómo es que el capitalismo pasó de extraer recursos naturales a la extracción financiera, será necesario, antes que todo, dar cuenta de las relaciones sociales y económicas en las que se desarrollaron las sociedades arcaicas.

Para esto, será necesario introducir dos conceptos que Deleuze y Guattari (1985) utilizan en su *Anti-Edipo* para analizar dichas formaciones sociales: “Cuerpo de la tierra” y “Cuerpo del déspota”. El primero se mueve en un plano inmanente, codificado de forma primitiva, el cual estaba constituido por dos factores: “linaje” y “territorio”. Estos son los campesinos cuyo producir se debe a ellos mismos y para ellos mismos, sociedades itinerantes de caza-recolección que codifican territorio por territorio, en los que se asentaban e intercambiaban. ¿Con quiénes intercambian? Con otras agrupaciones itinerantes, pero no solamente con ellas. Aquellos se mueven en un plano de coexistencia con otras formas

sociales, es decir, que pudieron –y lo hicieron– encontrarse con imperios arcaicos despóticos¹. ¿Cuál era la diferencia entre estas formaciones? En que estas últimas se caracterizaban por tener a la cabeza un Estado como “aparato de captura”. Este aparato capturaba los flujos de códigos primitivos –las comunidades agrícolas– y procedía sobredecodificándolos en tres niveles: a través de la renta a la tierra, del sobretrabajo y del impuesto, subsumiéndolas bajo la unidad trascendental del imperio, a decir, el déspota. Esto no quiere decir que estos grupos capturados fueran expulsados de los territorios en los que trabajan, sino que el déspota se volvió propietario eminente de estas, las cuales seguirán siendo trabajadas por ellos pero ahora se les comenzará a cobrar un impuesto. Entonces, la sobredecodificación se llevó a cabo en los tres niveles: el déspota aplica una renta territorial; se vuelve organizador del trabajo a través de la realización de los “grandes trabajos”² o trabajo excedente/sobretrabajo –Marx le llamó “esclavitud generalizada”–; y, además, se vuelve amo de los tributos/impuestos.

Lo interesante de esta máquina sobredecodificadora es que en ella todo es público, ya que el déspota no buscaba la riqueza para él, ni tener terrenos para él. Lo que encontramos bajo esta captura es la puesta en marcha de una maquinaria pública en la que las relaciones sociales son el motor. Debajo del déspota, se desarrollaba todo un aparato burocrático de funcionarios públicos, los cuales se encargaban de exigir el pago de la renta de la tierra “en especie”, es decir, en bienes, además del desarrollo de una especie de “banca”, la cual se encargó de la acuñación de monedas para el imperio. ¿Cómo funcionaba esta? En términos simples, los funcionarios burocráticos retenían una porción del producto del trabajo de la tierra (ejemplo, el trigo), el cual es entregado a la banca, la que se lo recibía y le entregaba monedas de vuelta. Con estas, el funcionario le debía reembolsar una

1. Deleuze (2017) es claro en explicar que las formaciones asiáticas despóticas de las que habla Montesquieu no tienen nada que ver con las que menciona Marx en el *Grundrisse*, no son estas formaciones arcaicas, ya que las primeras presuponen la propiedad privada.

2. Trabajos hidráulicos de irrigación tales como en Egipto se encausaba el Nilo, los arrozales chinos, la construcción de terrazas de regadío incas, o el secado de pantanos micénico.

parte de estas al déspota en forma de tributo al trabajo. De esta forma, vemos que se despliega en el imperio toda una red de flujos moneda-bienes-servicios, pero destacando siempre que son de corte público, no hay ni puede haber enriquecimiento privado, la usura no está permitida. Así, el déspota como cuerpo trascendente del imperio es el que pone límites a la producción, al impuesto, y al trabajo. Nótese, de todas formas, que aquí la única legitimación en la que incurre el déspota para llevar a cabo este aparato de captura y sobrecodificar es por el hecho mismo de ser el déspota; vemos en este modo de producción la violencia intrínseca de apropiación y captura de un Estado, llevándose a cabo por la justificación misma del origen trascendental del déspota. El modo de producción arcaico es así porque el déspota dice que debe ser así.

El cuestionamiento que surge naturalmente desde este proceso maquínico es: ¿cómo nace la propiedad privada dentro de un modo de producción en el que todo es público? La clave, encontrada por Deleuze (2017), está en aquellos flujos capaces de ser descodificados dentro de la sobrecodificación imperial: los esclavos liberados. Tanto en el Imperio chino como en el Imperio Romano, los modos de producción eran totalmente públicos: en el caso puntual de Roma, los patricios participaban del *ager publicus*, la riqueza pública, la cual explotaban de variadas formas. Lo interesante reside en destacar quiénes eran los únicos que no merecían participar de esta riqueza pública: los plebeyos. Deleuze (2017) muestra que los plebeyos cumplieron un rol esencial en la desaparición de la vieja realeza romana, la cual funcionaba bajo el modelo arcaico. Así, también sabemos que la plebe estaba compuesta, en gran parte, por prisioneros de guerra liberados, extranjeros conquistados, migrantes, etc. Por lo que, a grandes rasgos, estaban excluidos de todos los derechos públicos. De esta manera, al no tener el derecho de disfrutar del *ager publicus*, se le fue asignada una parcela para que la pudieran explotar a gusto, es decir, de manera privada. Tal como explica Deleuze (2017): "... son ellos los que van a hacer correr flujos de apropiación privada por diferencia con el polo arcaico de la apropiación pública" (Deleuze 2017, 199). Y es bajo

estos términos que podemos hablar de “flujos descodificados” desde dentro de la sobrecodificación arcaica, expresándose en los mismos tres niveles que en el imperio arcaico: decodificación de la tierra como propiedad privada, decodificación del sobretrabajo como esclavitud privada –esclavos para el beneficio del esclavo liberado–, y decodificación del impuesto como flujo de comercio privado, entre privados.

Esta relación entre privados, por primera vez, dio cuenta de una dependencia económica personal que devenía en algo completamente impersonal. Deleuze (2017) le llama a este producto impersonal “conjunciones locales” o “conjunciones tópicas”, por el hecho de que estos flujos conformaban lugares (*topoi*) propios dentro del campo social en el que se desarrolla un nuevo derecho, el “derecho de tópicas”, en el cual los flujos descodificados se encuentran y multiplican, un lugar en el que se llevaban a cabo las relaciones entre personas privadas³.

¿Cómo es que la forma de producción despótica acaba y abre paso a la muerte del déspota? Con la decodificación del impuesto. Cuando el Estado como aparato de captura comienza a fracasar en su misión sobrecodificadora de flujos. Según Alliez (2017): “son los flujos de los movimientos comerciales, por tanto, flujos descodificados, los que regulan y desregulan los movimientos y las situaciones en curso” (Deleuze 2017, 203). Es decir que, en medio del mercantilismo, nos encontramos con flujos que buscan el desapego del pensamiento metalista, por lo tanto, comenzamos a entrever una nueva forma de producción, en la que el déspota queda castrado. Dicha castración tiene lugar y año exacto: Inglaterra, 1694; la fundación del Banco de Inglaterra.

Antes de adentrarnos en este proceso de suma importancia para el capitalismo, cabe tener en cuenta que los mercantilistas, aquellos conjuntos tópicos, llevaban tiempo saboteando las políticas estatales de devaluación monetaria, con el fin de desregular el gasto público, reorientando los flujos comerciales a impuestos indirectos y crédito público. ¿Cuál era su fin? Crear nuevos espacios territoriales de flujos descodificados: el territorio-mercado

3. Deleuze (2017) explica que esta es una figura bastante borrosa que va desde los imperios evolucionados (los imperios asiáticos de los que hablaba Montesquieu), hasta el feudalismo.

nacional. Bajo esta lógica, tal como entiende Marx (2015), el crédito público se vuelve “el credo del capital”: “la deuda pública o, en otros términos, la enajenación del Estado deja su impronta en la era capitalista. La única parte de la llamada riqueza nacional que realmente entra en la posesión colectiva de los pueblos modernos es... su deuda pública” (Marx 2015, 374). ¿A qué se refiere con que la riqueza nacional deviene deuda pública? Aquí es donde el Banco de Inglaterra surge como uno de los actores principales. Marx (2017) nos relata que este banco le prestó todo su dinero a la Corona, mientras que el Parlamento le permitió acuñar la moneda de dicho capital pudiendo prestarlo al público, logrando ponerlo en circulación para la compra de metales preciosos. Así, la Corona comenzó a pagar con la misma moneda acuñada por el Banco los intereses de la deuda pública que había contraído. En sus propias palabras: “No bastaba que diera con una mano para recibir más con la otra; el banco, mientras recibía, seguía siendo acreedor perpetuo de la nación hasta el último penique entregado” (Marx 2015, 375). Este es un claro ejemplo en el que el déspota es castrado: la Corona se endeudó con el Banco de Inglaterra en nombre del pueblo, la propia economía les pagará, y ese pago traerá acumulación de riquezas a partir del 8% de impuesto al préstamo que pidió la Corona.

Como pudimos ver en este acontecimiento histórico, la relación estatal dejó de ser despótica, ya no se presenta como una formalización trascendental, no existe una formalización hacia conjuntos anteriormente formalizados (como pasó con los Imperios arcaicos codificando sobre las codificaciones primitivas), se acabó la sobrecodificación. En este caso vemos aparecer la relación propia del Cuerpo del Capital: la axiomática, formalización ahora inmanente, ocurre al mismo nivel de los conjuntos formalizados. Según Deleuze (2017), la moneda ya no es el impuesto directo que el déspota cobra, ahora es una forma de apropiación sofisticada: “la función de la moneda no es en absoluto intercambiar [tal como lo hacía en la banca despótica], sino digamos acreditarle un plus de potencia, una carga de deterritorialización [...] a la operación de captura que es realmente constitutiva del aparato de Estado” (Deleuze 2017,

211). En tanto que la moneda ya no es el impuesto directo, en la medida que ahora le introduce una carga deterritorializadora a la captura, el impuesto –la tercera de tres caras del aparato de captura, junto con la renta a la tierra y el trabajo– deviene una especie particular de moneda: la moneda escritural, el pagaré. Dicha moneda es la forma descodificada de intercambio entre flujos descodificados, es decir, entre personas privadas: el banco y el acreedor de la deuda.

Así es como completamos la descodificación total de la sobre-codificación arcaica: dentro de la tierra sobre-codificada –de propiedad eminente– del déspota, surge la descodificación de la propiedad privada; dentro de la organización del trabajo como sobretrabajo del déspota surge el trabajo privado, la esclavitud privada⁴; dentro del circuito de impuestos despóticos surge la moneda escritural, el pagaré, como forma de relación descodificada entre flujos descodificados, entre personas privadas. ¿Cuáles son las consecuencias que trae esta descodificación en tres niveles? Que la riqueza ya no esté cualificada; desterritorialización de la riqueza. Según Deleuze (2017): “la riqueza devenida subjetiva, y desde entonces riqueza a secas, pone el capital, pone la subjetividad como sujeto de la riqueza cualquiera” (Deleuze 2017, 250). Esto quiere decir que la propiedad del capitalista ya no está situada, sino que surge de la propiedad de derechos abstractos sobre la convertibilidad infinita en trabajo, tierra y/o medios de producción. Es así como la “llamada acumulación originaria” no es más que la acumulación de derechos abstractos de propiedad convertibles. Para que esto ocurriera, para que de los “conjuntos tópicos de flujos descodificados” pasaran a ser una “conjunción generalizada de flujos descodificados” tuvieron que encontrarse a la vez dos figuras descodificadas: trabajo cualquiera y riqueza abstracta, es decir, el trabajador “libre”, expulsado de su campo por medio de la violencia ejercida por los terratenientes, y el propietario privado de derechos de propiedad abstracta. Tal como Marx afirma: “no bastaba con que se hayan reunido las condiciones para la formación de un trabajador desnudo. Era

4. Ya no se utilizan trabajadores para los grandes trabajos hidráulicos públicos, sino más bien, para la explotación de tierra privada para su propietario.

necesario que la riqueza ya no esté determinada como territorial, artesanal, mercantil, y que se vuelva propiedad de los derechos abstractos invertible en medios de producción” (Marx en Deleuze 2017, 261). El trabajador desterritorializado del trabajo, fuera del campo, solo le queda su fuerza de trabajo; el propietario privado desterritorializó la riqueza, ahora es abstracta, está fuera de cualquier código que la anude a la tierra.

Cuando esta conjunción se generalizó, como se puede vislumbrar, el límite de producción ya no está impuesto de manera trascendental por algún déspota –por formalización de elementos cualificados–, sino que ahora el límite de la producción se vuelve inmanente –por axiomatización de conjuntos no cualificados/descodificados/desterritorializados–: “El sujeto universal [capital] se refleja en el objeto cualquiera [...] Es el capitalismo como axiomática” Por lo tanto, de este proceso histórico podemos llegar a dos conclusiones: primero, sobre el carácter histórico de la violencia a través de la cual se desterritorializó al trabajador, a la tierra y al dinero. El trabajador del campo, capaz de subsistir por sus propias manos, a través de leyes y violencia física le fue arrebatada su tierra, y fue obligado a entrar a la fábrica a vender su fuerza de trabajo; el valor de su tierra pasó a ser valor subjetivo sujeto a la especulación del más fuerte. Y la segunda conclusión que podemos extraer es que la lógica del capitalismo funciona como lógica causal de su propia justificación. Marx lo dejó muy claro: el capitalismo inventó la producción por la producción, producir producción, desterritorialización de la producción; la producción se toma a sí mismo como un fin, tal como también el dinero se autovaloriza, ya que la circulación misma de capital posee su finalidad en sí misma, por lo tanto, el movimiento de capital es ilimitado: solo así el valor del capital sigue valiendo.

El proceso de desterritorialización del dinero, su desacople total con la tierra, tuvo su último episodio el 15 de agosto de 1971, cuando Richard Nixon, en ese entonces presidente de los EEUU, decidió anular la conversión internacional de dólares a oro. De esta forma, se dio el puntapié inicial al régimen de fluctuaciones monetarias fiduciarias en el cual nos vemos entrampados hasta el día de hoy. David Graeber (2014) afirma que esta decisión fue

tomada a partir de dos elementos que no son tomados en cuenta regularmente a la hora de estudiar este fenómeno: el papel de la guerra y el poder militar estatal: “Hay una razón por la cual el mago es capaz de crear dinero de la nada: tras él hay un hombre con un arma” (Graeber 2014, 481). Multiplicar el dinero infinitamente, sin ninguna ligazón material, puramente basándose en el poder de las finanzas, fue la forma en que EEUU se propuso a pagar los gastos de la Guerra de Vietnam: “Nixon pasó del dólar al cambio flotante para pagar el coste de una guerra en la que, solo durante el periodo 1970-1972, ordenó que se arrojaran más de cuatro millones de bombas explosivas e incendiarias sobre ciudades y aldeas de Indochina, por lo que un senador le apodó *el más grande bombardero de todos los tiempos*. [...] se podía argumentar que lo único que respaldaba la moneda estadounidense era el poder militar” (Graeber 2014, 481).

¿De dónde sale toda esta enorme cantidad de dinero fiduciario? De la Reserva Federal, una institución público-privada que emite billetes como letras de cambio y encarga a la Fábrica de Moneda estadounidense que los imprima a cuatro centavos por billete. Si logran darse cuenta, esta forma de administrar la creación de dinero es una variante muy parecida a la del Banco de Inglaterra: “la Reserva Federal *presta* dinero al gobierno de Estados Unidos comprando bonos del tesoro, y monetiza la deuda de Estados Unidos prestando el dinero que debe el gobierno a otros bancos. La diferencia es que, mientras que el Banco de Inglaterra prestaba el oro al rey, la Reserva Federal simplemente otorga existencia al dinero diciendo que está allí” (Graeber 2014, 482). En definitiva, Estados Unidos comercia con su déficit. Su divisa se convirtió en la moneda universal, por lo que hay enormes cantidades de dólares circulando en todos los mercados del mundo.

Este proceso iniciado a comienzos de 1970 no fue, como han podido ver, mero azar, tampoco una especie de resultados lógicos del progreso del humano a lo largo de su existencia, menos una teleología guiada por el desarrollo de la razón humana. El 11 de septiembre de 1973, este proceso se cruza con un factor decisivo para el asentamiento del proceso neoliberal de

desterritorialización: el golpe de Estado al gobierno socialista chileno de Salvador Allende incentivado y financiado directamente por EEUU⁵. Chile pasó a ser el conejillo de indias, la incubadora *in vitro* del neoliberalismo, a punta de balas, sangre y persecuciones políticas a sus detractores. Posicionando a la Junta Militar de Gobierno como los nuevos regidores de la nación, el Estado de Chile pasó a ser un “aparato de Estado”. En términos de Deleuze (2017), estos “son modelos de realización de esa axiomática que se definía como conjugación generalizada de flujos descodificados [...] son los campos de efectuación de la axiomática del capital” (Deleuze 2017, 272). Bajo la civilización de petro-mercado, estos Estados son completamente necesarios para el capitalismo, ya que lo ayudan a asentarse y diversificarse; posicionarse y llevar a cabo la desterritorialización en todos sus ámbitos: del trabajo, de la tierra, del dinero.

Ahora, según Gago y Mezzadra (2020), muchos autores, desde Rosa Luxemburgo a Karl Polanyi se han hecho la pregunta respecto a la necesidad de que este proceso del capital siempre requiera de un “exterior” desterritorializable: “El capitalismo necesita algo así como un afuera constitutivo, capaz de proveer recursos de renovación permanente [...] [Para Fraser (2014)] el capital dependería *para su misma existencia de zonas no-mercantilizadas: emerge así lo que ella llama enfrentamiento por los límites*” (Gago y Mezzadra 2014, 70). Frente a esta teoría, los autores proponen que, si aceptamos el análisis de la “acumulación originaria” marxista, es difícil pensar que en el presente existan aún zonas no-mercantilizadas. Para Marx, dicha acumulación fue el proceso de transición hacia el capitalismo; para Gago y Mezzadra (2020), este proceso se puede extender dentro de los límites del capital. En palabras de los autores, esta se expresa en la actual y constante “violenta reorganización de espacios y sociedades *ya* sumidos a la lógica de la valorización capitalista” (Gago y Mezzadra 2020, 289). Así, entonces, podemos

5. Para entender en profundidad la decisiva función de Estados Unidos en el golpe de Estado al gobierno socialista del presidente chileno Salvador Allende, ver el libro *The Pinochet File* (2013), y “Extreme Option: Overthrow Allende”, un artículo publicado en el *National Security Archive*, ambos escritos por Peter Kornbluh.

dar cuenta de que, bajo el violento proceso de desterritorialización consumado por Nixon, la humanidad se vio enfrentada al siguiente panorama: punto culmine de la fórmula “capital como sujeto universal reflejado en un objeto cualquiera”, es decir, con el total desacople del dólar con el oro, ahora todo es desterritorializable; todo está sujeto al capital. Y en tanto la acumulación de este es el objetivo principal de los capitalistas, fueron capaces de acoplarse a los Estados, transformándolos en sus aparatos para perfeccionar sus técnicas extractivas de valor, labor y tierra.

El capital requiere que la circulación de capital siga en pie, ¿por qué? Porque así lo requiere el capital; el capital requiere que la producción se mantenga produciendo, ¿por qué? Porque así lo requiere la producción. Por lo tanto, la formalización despótica “págame la renta en trigo o te mato, así lo exige el déspota”, pasó a ser “sigue produciendo a pesar de la destrucción de la Tierra, así lo exige el capital”. Tal como se leyó en un diario chileno durante la pandemia de Covid-19 a mediados del 2020, un especulador de la empresa de servicios financieros *Larraín-Vial* declaró: “Nunca había ocurrido que los gobiernos pararan la economía para evitar los contagios, y eso tiene un costo enorme [...] no podemos seguir parando la economía, y debemos tomar riesgos, y eso significa que va a morir gente” (Ceballos 2020). Esto nos muestra que el capitalismo se transformó en un fin en sí mismo cuando nunca fue más que una consecuencia de toma de decisiones de actores particulares. El capitalismo no fue un mito situado entre holgazanes y laboriosos ahorradores, fue la consecuencia de un devenir de relaciones sociales históricas situadas que al “universalizar la normalidad capitalista”, tal como sugiere Malm (2018), dejaron de estarlo y pasaron a entenderse como si siempre hubiesen estado ahí; y cada vez que este proceso se afirma constantemente, la usura deviene pegamento social; es la constante afirmación de un nuevo contrato social. El núcleo de verdad de la acumulación primitiva reside en que esa dinámica no deje de ocurrir, la autojustificación mítica (léase “acumulación primitiva”) no es causa, sino efecto; tal como el sendero no es causa de transitar el bosque, sino más bien el

efecto de transcurrir frecuentemente por un camino particular y dejar de concurrir los otros⁶.

Capitalismo terracida

El 07 de mayo de 2019, CNN nos muestra en su portal de noticias online este titular: “Pompeo: El derretimiento del hielo oceánico presenta nuevas oportunidades para el comercio”. El, en ese entonces, Secretario de Estado de los Estados Unidos, Mike Pompeo, llamó a una conferencia de prensa para informar que “el Ártico está a la vanguardia de las oportunidades [de comercio] y la abundancia [...] Este alberga el 13% del petróleo aún por descubrir, el 30% del gas natural sin descubrir, abundancia en uranio, minerales raros, oro, diamantes y millones de millas cuadradas de recursos sin explotar, además de pesca en abundancia”. No bastándole, prosiguió celebrando el hecho de que “las actuales reducciones en el hielo marino están abriendo nuevos caminos y oportunidades para el comercio [...] esto podría reducir potencialmente el tiempo que lleva viajar entre Asia y Occidente hasta en 20 días”. La guinda de la torta la colocó al final de su conferencia, afirmando que: “América es el líder mundial en preocuparse por el medioambiente”.

El 06 de diciembre del 2020 la central de noticias financieras *Bloomberg* nos presenta el siguiente titular: “El agua de California comienza a cotizar en el mercado de futuros en medio del temor a su escasez”. ¿Qué quiere decir que el agua entre al mercado de futuros? Básicamente, un “futuro” es un contrato con fecha predeterminada futura en el que se acuerda el intercambio de cualquier activo, pero con un precio acordado con anticipación. Entonces, debido a la sobreexplotación del agua (en mayor medida por la industria y el sector primario) y su escasez derivada, los fondos financieros comenzaron a especular sobre su valor futuro en la Bolsa. Ahora, cabe aclarar que estos contratos

6. Las principales ideas desarrolladas en este apartado fueron discutidas y profundizadas junto a Rodrigo Fariás, quien las traslada a un campo relacionado con el psicoanálisis de Lacan, Nietzsche, Deleuze y Guattari. Me manifiesto en deuda. Para un análisis más detallado, véase: Fariás (2021).

no requerirán de entrega de agua físicamente, pero sí que son puramente financieros. ¿Qué quiere decir que sean “puramente financieros”? Que el precio futuro del agua se estimará a partir de las expectativas de escasez de los principales actores del mercado, a saber, bancas multimillonarias y fondos repletos de especuladores; tanques llenos de tiburones.

Dos fenómenos que, a simple vista, podrían verse como aislados, sin relación alguna: por un lado, un anuncio sobre las “bondades” materiales de las que ciertos países pueden aprovecharse debido al acelerado derretimiento del Ártico. Por otro lado, la escasez del agua devenida especulación en las bolsas financieras del mundo. ¿Qué líneas se pueden trazar entre ambos casos? Podríamos, tal como lo hace Tim Di Muzio (2015), dar cuenta de que estamos frente a expresiones claras de una “civilización de petro-mercado”: “un patrón histórico y contradictorio de orden civilizatorio cuya reproducción social está fundado sobre combustibles fósiles no-renovables, mediado por el mecanismo del precio del mercado y dominado por la lógica de la acumulación diferencial” (Di Muzio 2015, 5). La institución central de esta especie de civilización es, como ya deben suponer, el capital. Pero no cualquier capital, sino más bien uno específico, el cual se viene reproduciendo, acumulando y contaminando desde las primeras fábricas de Inglaterra en el siglo XIX: el *capital fósil* (Malm 2020). Según Di Muzio (2015), uno de los problemas derivados del desarrollo de este “capitalismo del carbono” se funda en el hecho de que, para lograr su vasta acumulación, se requiere de excedente de energía producida por combustibles fósiles, alterando los patrones de reproducción social previos, ligados a un crecimiento bajo en carbón y a una velocidad mayormente cercana a los tiempos de la Tierra.

Ahora, cabe destacar que este capitalismo no debe concebirse como un mero sistema económico sino, más bien, como un *modo de poder*, el cual destaca por permitir que los dueños de este capital fósil capitalicen la mayoría de la capacidad de producción, consumo e intercambio comercial para beneficio privado: “[...] es también un modo de poder interclase, en el cual el 1%, o los individuos de mayor riqueza, consumen la mayor parte

de la energía del planeta, acumulándola en forma monetaria, y por ser dueños de activos generadores de riqueza, sumado a su consumo voraz, presentan la mayor huella ecológica de todas” (Di Muzio 2015, 6). Por lo tanto, no solo el hecho de que la infinita acumulación de capital conlleve infinita desigualdad, sino que también arrastra consigo una estela de carbono impulsado por motores a petróleo, los que arrasan con toda vida que se le plante por delante.

Por consiguiente, la “carbonización de la vida cotidiana”, tal como Di Muzio (2015) le llama, fue impulsada por las denominadas “siete hermanas”: siete empresas petrolíferas que tuvieron el monopolio de la extracción de dicho material fósil, a tal nivel que no les interesaba trabajar con otras empresas independientes, por lo que le bloqueaban el acceso al petróleo (Mitchell 2011). *Anglo-Persian Oil Company* (ahora BP –British Petroleum–); *Gulf Oil*, *Standard Oil of California*, *Texaco* (ahora, las tres conforman Chevron), *Royal Dutch Shell*, *Standard Oil Company of New Jersey* (fue Esso, luego Exxon, ahora ExxonMobil) y *Standard Oil Company of New York* (originalmente Socony, luego Mobil, ahora ExxonMobil). Lo interesante de este monopolio es que entre todas estas empresas no eran dueñas de más del 3% de los depósitos de petróleo mundial, produciendo solo el 10% del petróleo a escala global. ¿Qué pasa con el otro 97%? Luego de la crisis del petróleo en 1973, gran parte está en suelos inexplorados, o en manos de empresas estatales del Sur Global, alineadas en lo que el *Financial Times* en 2007 llamó las “nuevas siete hermanas”: *Saudi Aramco*, *National Iranian Oil Company*, *PDVSA* de Venezuela, *PetroChina*, *Gazprom* de Rusia, *Petrobras* de Brasil y *Petronas* de Malasia (Di Muzio 2015). Actualmente, controlan un tercio de la producción de petróleo y gas mundial, y más de un tercio de las reservas de aquellos combustibles.

Podemos darnos cuenta de que aquellos países forman parte del bloque BRICS, las cinco mayores economías emergentes del mundo: Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica. Lo importante de esto es que, nuevamente, estamos en presencia de países que buscan posicionarse en la elite económica mundial a punta de extracción y consumo de combustibles fósiles, lo cual, claramente,

significa un mayor daño al medioambiente y un mayor peligro para la humanidad, tomando un camino que, de antemano, sabemos que no tiene otra salida más que la destrucción de la vida en el planeta: el proceso que nos ha llevado a vivir en una civilización de petro-mercado, o como Malm (2020) le llama, una *economía fósil*. En este tipo de economías, el crecimiento económico es uno de sus mandatos principales, la unión entre expansión económica y consumo de energía fósil. El mejor ejemplo que podemos tomar es China. Ha crecido al 10% anual en promedio, entre el 2000 y el 2011; el 2019 fue el año que menos creció desde 1990, puntuando un 6,1% anual. La base de su enorme y acelerado crecimiento: la producción de carbón y petróleo, pero por sobretodo el consumo de ambas materias primas. Respecto al primer ámbito, la producción de carbón representa un 58% del total de su economía y la producción de petróleo, un 20% de esta. Estamos hablando de 4,1 billones de toneladas cortas⁷ de carbón al año y 17 millones de barriles de petróleo por día (el segundo país que más produce luego de EEUU). Pero para ser el país que más crece a escala mundial, tal como hemos dado cuenta bajo la dinámica del capital fósil, también es el país que más consume, con un estimado de 4,3 billones de toneladas cortas de carbón al año y 14.5 millones de barriles de petróleo por día, dando cuenta de un crecimiento del 400% respecto a la cantidad de petróleo que consumía hace veintiséis años y un crecimiento aproximado de un 185% respecto al consumo de carbón en los últimos 20 años. Sobre el aumento de producción, presenta un 66% de la cantidad de petróleo desde el 1993 y un 156% de la cantidad de carbón desde el 2000 (Figura 1 y 2) (U.S. Energy Information Administration 2020).

7. 1 tonelada corta (short ton) es igual a 907,185 kilogramos.

Figure 2. China's petroleum and other liquids production and consumption, 1993-2019

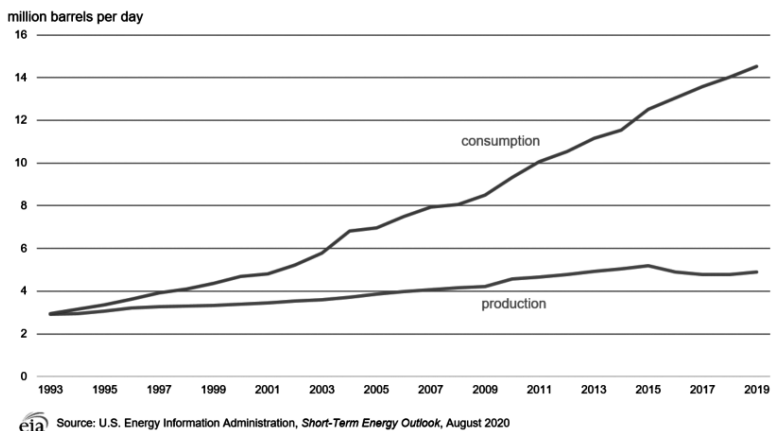


Figura 1. Consumo y producción de petróleo y otros combustibles en China, 1993-2019.
Fuente: U.S. Energy Information Administration, *Short-Term Energy Outlook*, agosto 2020.

Figure 6. China's coal production and consumption, 2000-2019

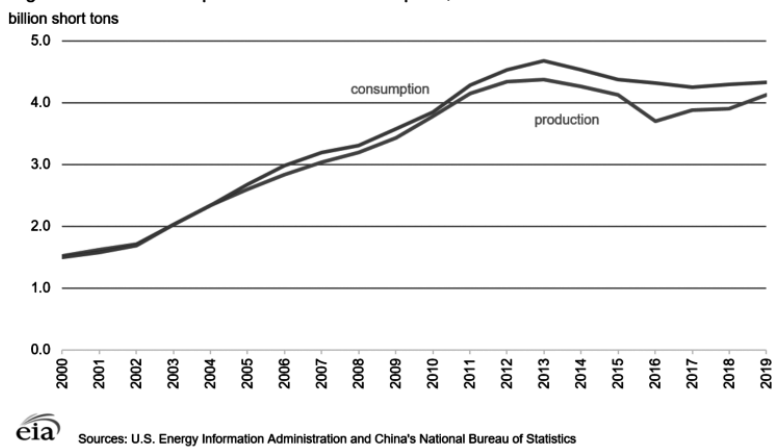


Figura 2. Producción y Consumo de carbón en China, 2000-2019.
Fuente: U.S. Energy Information Administration y China's National Bureau of Statistics.

A partir de los gráficos anteriores podemos concluir, en primer lugar, que la producción china aumentó considerablemente en las últimas dos décadas. Pero, en segundo lugar, lo que más impresiona es el aumento en su consumo de materias primas: ahora consume cuatro veces el petróleo que alguna vez utilizó y casi dos veces el carbón que hace veinte años necesitaba. Para que China crezca al ritmo en el que lo está haciendo, necesita consumir (muchísimo) más de lo que produce y de lo que alguna vez necesitó.

Capital fósil / carbo-capitalismo

La naturaleza, según Marx, es el principal arsenal de medios de trabajo para los humanos. A ella recurren para ensamblar sus instrumentos con los cuales también extraerán sus recursos; la Tierra, entonces, es su “cuerpo inorgánico” (Marx en Malm 2020, 442). El punto es que esta misma capacidad de adaptabilidad y universalidad es la que lleva a divisiones internas: “Si este amplio conjunto de herramientas extrasomáticas es un rasgo distintivo del *Homo sapiens sapiens*, es asimismo el punto en el que esa especie deja de ser una unidad. Precisamente porque los picos que hacen falta para romper la corteza de la materia pueden recurrir a todas las fuerzas de la naturaleza y abrir la totalidad del planeta a la posibilidad de su apropiación, algunos humanos pueden quedar fuera. Un material, una máquina, un motor primario pueden convertirse en propiedad privada” (Malm 2020, 442). Para Andreas Malm (2020), tomando como punto de partida a Marx, el problema recae en las relaciones de propiedad: “una matriz de posiciones para los miembros de la especie con respecto a los medios de producción” (Malm 2020, 441). Entonces, si estas herramientas para extraer recursos le pueden pertenecer a otros –y claro que es así–, para acceder a ellas deben recurrir a sus dueños, siendo víctimas de las relaciones de propiedad. Por lo tanto, podemos ver que cuando al trabajador se le separa de sus herramientas de trabajo, y debe ir en busca de ellas, las cuales ahora le pertenecen a un dueño que las monopoliza –y que, de hecho, se las arrebató de sus propias

manos por medio de la violencia [tema que trataremos en el segundo capítulo]– presenciamos la fundación de las relaciones de propiedad capitalistas.

Esta separación entre medios de producción y productores, bajo estas relaciones, pueden y deben reunirse de nuevo, pero ahora, una persona que vende su fuerza de trabajo –lo único que le queda por ofrecer luego del arrebato de sus medios– y un kilo de madera, o una máquina cualquiera, son unidades de intercambio inconmensurables, por lo que solo queda la opción de universalizar el medio de equivalencia: la utilización del dinero, con el cual cualquier cosa se puede intercambiar, anulando la diferencia cualitativa, abrazando la medida cuantitativa. Bajo esta lógica es que Marx (1975) expresó su famosa fórmula $M - D - M$ (Mercancía – Dinero – Mercancía), en la cual la primera M es cualitativa, representando a la fuerza de trabajo desnuda (el trabajador sin sus medios de producción), al que se le paga con dinero (D) por sus labores, siendo gastado en mercancía cuantitativa (productos a consumir para asegurar su subsistencia). La fórmula cambia para el dueño de los medios de producción: esta se abrevia $D - M - D'$. El capitalista parte con dinero (D), invirtiéndolo en fuerza de trabajo desnuda, la cual elaborará mercancías intercambiables cualquiera (M) con el fin de ganar más dinero del que invirtió (D'): “En una sociedad que ha experimentado este divorcio histórico, el capital es el medio necesario para concertar una cita productiva entre entidades inconmensurables, encuentro que no puede dejar de producirse ni puede consumirse plenamente. La interpolación no debe cesar jamás [...] [El capitalista] ha de estar dispuesto a sacrificar todo lo que no sea afán de lucro. El único objetivo racional para él *en cuanto capitalista* es el beneficio” (Malm 2020, 445-446).

Volviendo a la última fórmula que Marx nos presenta, la mercancía cualquiera (M) solo contiene “valor de uso” en tanto que *sustrato material*, es decir, mientras pueda utilizarse para fabricar algo, porque el objetivo real de la extracción de ese sustrato es el “valor de cambio” en la transacción misma por dinero a través del mercado. Pero lo que no se puede olvidar –y a estas alturas, creo que ya se olvidó– es que: “Sea cual sea el

valor de cambio que salga de las instalaciones del capitalista, ha de descansar en un fondo de recursos biofísicos. La producción de mercancías es producción de valor de cambio *por medio de la naturaleza*, y la naturaleza es justamente ese sustrato, subordinado y subsumido en una lógica exclusivamente cuantitativa” (Malm 2020, 447). Así las cosas, para que los trabajadores, valga la redundancia, trabajen aquellos sustratos biofísicos (madera, lana, hierro, cobre, etc.), se requiere de lo que Marx (1975) llama “materiales auxiliares”: el carbón para las máquinas de vapor, el cual se agota al momento de ser consumido por las llamas a través de la combustión. “Se trata, en efecto, de un caso paradigmático de consumo productivo: en la metamorfosis material del capital, algunos medios de producción –algunos materiales auxiliares– se queman, retornan a sus elementos, se convierten en humo y cenizas y son devueltos a la naturaleza” (Malm 2020, 448). Tomando en cuenta esta dinámica, entonces, podemos dar cuenta de que todo este proceso de producción que conlleva la combustión de “materiales auxiliares” como el carbón –o el petróleo, en nuestra época– es un proceso necesario e inevitable para lograr lo que al capitalista realmente le interesa: acumular capital, el cual, como pueden darse cuenta, no se puede detener, es ilimitado. La circulación del dinero como capital posee en sí misma su finalidad, pues solo por este valor siempre renovado el valor continúa valiendo; el movimiento del capital, por tanto, no tiene límite” (Marx en Deleuze y Guattari 1985, 256). A más extracción de recursos para que el trabajador los convierta en mercancía intercambiable, más trabajadores necesito para operar las distintas máquinas, más combustibles fósiles necesito para hacer funcionar las máquinas, y solo así puedo lograr mayores ganancias.

El capital es cuantitativo por su propia naturaleza: no admite, por lo tanto, punto final. Reconvierte la ganancia del primer ciclo en más fuerza de trabajo y más medios de producción para el siguiente, avanzando incansable a través de la reinversión, la *reproducción ampliada* o, sencillamente, la *acumulación de capital*; prosigue la producción a mayor escala, y de nuevo a

mayor escala, de tal modo que el metabolismo “*se convierte en un espiral*” (Marx en Malm 2020, 448). Para cada ciclo sucesivo, el capital se apropiará, *ceteris paribus*, de trozos cada vez mayores de naturaleza (Malm 2020, 448).

Este es el espiral en el que nos vemos envueltos hoy en día: más extracción de recursos (mayor apropiación de los recursos de la Tierra), más necesidad de trabajadores (mayor explotación laboral), aumento de los procesos productivos (mayor utilización de combustibles fósiles, lo que conlleva mayor contaminación), mayor acumulación de capital. Y el panorama no se ve alentador para el futuro: “[...] las medidas arbitradas para hacer frente al cambio climático se antojan, cumbre tras cumbre, manifiestamente insuficientes. [...] si aspiramos a evitar un cambio climático desbocado –no está claro que esto esté a nuestro alcance–, en 2050 deberíamos haber reducido las emisiones personales de CO₂ entre un 86 y un 92 por ciento con respecto a los niveles de 1990, un porcentaje difícilmente alcanzable” (Taibo 2019, 50). Es más, no solo parece inalcanzable reducir estas emisiones, sino que hemos presenciado hechos que nos demuestran que las grandes potencias económicas –las que más contaminan– no están dispuestas a cambiar sus modelos económicos ni sus formas de distribuir el poder para enfrentar el cambio climático: ya vimos el caso de China que busca posicionarse como líder económico global emulando las prácticas de crecimiento exponencial que vivió Estados Unidos en 1950, es decir, mediante una deplorable eficiencia energética. Comenzó a crecer y consumir a cantidades bestiales a finales de la era del petróleo barato, por lo que la naturaleza corre aún mayor peligro (Taibo 2019).

Para ponerlo en datos, el ser humano se ha apropiado de casi un tercio de la biomasa continental, consumiendo, en pocas palabras, una planeta y medio. A consecuencia de este esquizofrénico espiral de consumo y producción, 30.000 especies animales desaparecen por año (tres por hora); 12% de los pájaros, 23% de los mamíferos y 32% de los anfibios están en peligro de extinción; el 77% de las especies marinas está siendo sobreexplotadas, estando además amenazadas por la cada vez

mayor acidificación de los océanos debido a las concentraciones de gas carbónico que expulsamos al aire (Taibo 2019). Es más, se puede llegar a afirmar que entre un 12% y un 39% de la superficie de la Tierra, en un futuro cercano, presentará condiciones climáticas nunca presenciadas por los seres vivos (Bonneuil y Frescoz 2013, en Taibo 2019, 77). En palabras de Malm (2020), esta es “la maldición ecológica del crecimiento” (Malm 2020, 449).

Cuando nos referimos al asesinato sistemático de grupos étnicos, tales como la Alemania hitleriana contra los judíos, la España, Inglaterra, Francia y Portugal de Reyes y conquistadores contra los pueblos nativos de América o Israel contra los palestinos, utilizamos la palabra “genocidio”. Cuando presenciamos desastres ecológicos provocados por empresas extractivistas, las cuales inundan o secan miles de hectáreas para construir hidroeléctricas, cuando barcos cargueros derraman miles de toneladas de petróleo al mar, utilizamos la palabra “ecocidio”. Pero no tenemos palabra alguna para designar el acto consciente de destruir el planeta en el que todos vivimos. En una columna de opinión para el periódico digital *The Nation* Tom Engelhardt (2013) propuso la palabra “terracidio” para dichos casos, y aquellos que llevan la destrucción consciente de la naturaleza donde sea que vayan, pues les llama “terroristas”:

En el caso de los terroristas –y me refiero, en particular, a los hombres que dirigen las corporaciones más rentables en el planeta, gigantes compañías energéticas como *ExxonMobil*, *Chevron*, *ConocoPhillips*, *BP* y *Shell*– ustedes serán los que sufrirán las consecuencias, especialmente sus hijos/as y nietos/as. Además, pueden dar una cosa por sentada: ningún solo terrorista terminará en prisión, y sí, ellos saben perfectamente qué están haciendo (Engelhardt 2013).

Ahora, cabe tomar la precaución de apuntar a los culpables con cuidado. Esto no se trata de comenzar por culparnos entre todos nosotros, porque algunos tengan una dieta carnívora, otros una vegetariana; o que algunos prefieran el transporte público

antes que el particular, o que unos viajen repetidas veces al año en avión por trabajo, mientras otros que tienen la suerte de vivir cerca de donde laburan prefieren movilizarse en bicicleta. Tal como advierte Malm (2020) no debemos confundir a los capitalistas con los humanos. Esto no quiere decir que los primeros sean una especie no-humana, sino más bien, que la forma en que ellos se relacionan se nos impuso por la fuerza, desde las fábricas a punta de máquinas a carbón, hasta los golpes de Estado latinoamericanos financiados por el gobierno de Estados Unidos. Fueron sus formas terracidas, basadas en el capital fósil, las que fundaron esta civilización de petro-mercado; no es una especie de teleología que culminó *naturalmente* en este desastre ecológico, ni tampoco el progreso lógico del desarrollo de las civilizaciones anteriores. Esto fue un desgarrón en la historia, y los responsables tienen nombre y apellido.

La decisión de posicionar a las máquinas de vapor a carbón como principal medio de producción, teniendo un boom cerca de 1830, no fue un consenso entre los dueños de los medios de producción y los trabajadores. Fue una minoría de ingleses, hombres blancos y ricos, los que tomaron dicha decisión. Gracias a ellas, pudieron “liberarse” de la “tiranía de los obreros”. En palabras de un burgués de aquella época: “Las máquinas no se emborrachaban nunca; sus manos nunca temblaban por el exceso de trabajo; nunca se ausentaban del taller; no iban a la huelga para mejorar sus salarios; su exactitud y su regularidad eran constantes...” (Nasmyth en Buchanan y Tredgold 1883; en Malm 2020, 317). No por nada aquellos dueños de fábricas tuvieron que volver a sus máquinas ignífugas; los luditas no les dieron tregua hasta que el gobierno británico comenzó a legislar a favor de las fábricas, imponiendo la pena capital a quienquiera que se atreviese a prenderles fuego.

Trayendo el problema a la contemporaneidad, datos nos indican que para el año 2000, el Norte Global, o los países capitalistas más avanzados, eran responsables del 77,1% del CO2 emitido desde 1850, siendo que representan solo el 16,6% de la población mundial (Malm 2020). “Según Redefinig Progress y la World Wild Foundation, el espacio bioproductivo consumido hoy es

de 2,2 hectáreas por habitante del planeta, por encima, pues de las 1,8 que la Tierra pone a nuestra disposición. Un norteamericano [estadounidense] necesita 9,6 hectáreas, un canadiense 7,2, un inglés 5,6, un francés 5,3 y un italiano 3,8 [...] Vivimos, en consecuencia, por encima de nuestras posibilidades" (Taibo 2019, 96). El último dato que grafica claramente este problema radica en que, para llevar una vida cotidiana como estadounidense, se necesitan 3,6 planetas; *spoiler alert*: solo tenemos uno.

¿Triunfo del ecofascismo? o cómo alentar al desarrollo de macro/micropolíticas anarquistas

“La naturaleza es un campo de batalla”, afirma Mark Alizart (2020). En este, los nuevos fascismos han aparecido en el núcleo de las democracias liberales más consolidadas: en Alemania, el *Alternative für Deutschland*, partido de extrema derecha, es el opositor con más escaños en el parlamento; en Italia, el *Movimento 5 Stelle* y *Lega*, ambos partidos de extrema derecha, llevan años gobernando con mayoría en el Senado y en la Cámara de Diputados; y como máximo ejemplo tenemos el gobierno de Trump en Estados Unidos, el cual pavimentó camino para el surgimiento de grupos de extrema derecha, no solo políticos, sino que también civiles, quienes, armados hasta los dientes, fueron capaces de tomarse el Capitolio para la entrega de poder al nuevo presidente electo, el demócrata Joe Biden. Estos grupos neofascistas, no solo abogan por la xenofobia, la antinmigración, el antifeminismo, el anticomunismo y el conservadurismo moral, sino que también se declaran escépticos al cambio climático. Esto quiere decir que no creen que esta crisis esté ocurriendo, y si llegase a estar ocurriendo, no es más que un proceso natural de la Tierra, la humanidad no tiene nada que ver con esto. Por lo tanto, haciendo caso omiso a todos los desastres naturales que hemos presenciado al alza en las últimas décadas, desoyendo a la comunidad científica, la cual se ha esmerado en realizar, año tras año, diversos artículos, informes e investigaciones que le adjudican a las mayores potencias del mundo la responsabilidad de estar llevando a cabo un terracidio como nunca se había

logrado registrar⁸, llevan a cabo la defensa del carbo-capitalismo a punta de fusiles y leyes, “y por desgracia, los enemigos de la Tierra están mejor armados para ganar [la batalla] que sus defensores” (Alizart 2020, 39).

Los distintos grupos de izquierda no pueden hacer oídos sordos frente a esta catástrofe, ni la guerra que el carbo-capitalismo le ha declarado a la Tierra: “hoy en día, necesitamos una izquierda que comprenda que el capitalismo solo puede ser vencido a condición de vencer su metástasis carbofascista. Y esto quiere decir que necesitamos una izquierda que comprenda que debe ponerse al servicio de la ecología, que le es subordinada y no al revés” (Alizart 2020, 40). Este “carbofascismo”, o ecofascismo, podría entenderse como el acople entre el carbo-capitalismo y el fascismo contemporáneo. Cabe destacar que estos grupos no solamente están en el ámbito político: los propulsores del capital fósil, en sus inicios bajo la forma de banqueros y dueños de fábricas, actualmente empresarios e inversionistas, es decir, los fundadores del carbo-capitalismo y sus descendientes, son de una u otra forma, ecofascistas. Por esto requerimos del desarrollo de proyectos políticos basados en las distintas fuerzas de la izquierda radical, tal como el anarquismo, para, en primer lugar, detener a este conductor que, a sabiendas que chocará con el muro, no quita el pie del acelerador; es más, lo presiona cada vez más fuerte. Y, en segundo lugar, para crear comunidades plurales basadas en el fin de la explotación del medioambiente y los animales, la abolición de las fronteras, el fin de la propiedad privada y, en resumen, el fin de la explotación llevada a cabo por y entre humanos. En frente tenemos al nuevo enemigo, el Capital en su variante ecofascista:

8. Uno de esos estudios, por ejemplo, expresa sin duda alguna que la gran mayoría del derretimiento de los hielos en el planeta Tierra ha sido directa consecuencia del actual cambio climático. Ver: Thomas Slater et al., *Review article: Earth's ice imbalance*. *The Cryosphere*, 15, 233-246. 2021. Para ver otras consecuencias de la actual crisis climática, científicamente demostrables, ver: Sobre la subida de temperaturas en los lagos del mundo, Iestyn Woolway et al., *Lake heatwaves under climate change*. *Nature*, 589, 402-407. 2021. Sobre los problemas que el cambio climático trae a la agricultura: Keith Fuglie, *Climate change upsets agriculture*, *Nature Climate Change*, 11, 294-295, 2021; Sobre la subida del nivel del mar y sus consecuencias para las ciudades costeras: Nobuo Mimura, *Rising seas and subsiding cities*, *Nature Climate Change*, 11, 296-297. 2021.

El capital no es sólo economía, sino también poder, proyecto político, estrategia de confrontación política, enemigo jurado de las revoluciones políticas lideradas por sus *esclavos* (obreros, pobres, mujeres, colonizados) [...] el capital no es cosmopolita [...] [de hecho], su existencia se realiza a través del Estado-nación, del racismo, del sexismo, y cuando corresponda, de la guerra y del fascismo, los únicos capaces de asegurar la continuidad política de la expropiación y la expoliación cuando la situación se endurece (Lazzarato 2020, 43).

Sin racismo, sexismo ni terracidio, el capital no es capaz de seguir reproduciéndose, y sus propulsores y defensores no pueden seguir acumulándolo. Esta es una guerra a escala global, desde una minoría de hombres blancos y ricos con sus costumbres nihilistas, hacia la humanidad y toda la Tierra (aún cuando las actuales políticas liberales estén defendiendo el posicionamiento de mujeres o de alguna etnia minoritaria en cargos política y económicamente importantes con el fin de abrazar la inclusión, abolir el sexismo o cualquier otra exigencia progresista.

Amaia Pérez Orozco (2017) profundiza el problema del conflicto capital-vida⁹, al punto de afirmar lo siguiente:

Cuando la vida es un medio para un fin distinto [léase, acumular capital], está siempre bajo amenaza; la tensión puede suavizarse a veces [...] pero antes o después llegará un momento de desencaje, cuando la acumulación se produzca no a través de sostener vida, sino a costa de negarla o destruirla; cuando se desahucian personas para rescatar bancos; cuando se hace desaparecer una especie; cuando el negocio (o incluso la forma de superar una *crisis* de rentabilidad) es ir a la guerra (Pérez Orozco 2017, 124).

9. Pérez Orozco (2017), desde una perspectiva feminista, busca cuestionar el conflicto capital-trabajo asalariado que denuncia el marxismo tradicional, acusando a este de entender la vida de una forma unidimensional y reduccionista. La vida con la que el capital arrasa no solo es la mano de obra asalariada en la forma mercancía-fuerza de trabajo, es la vida en tanto que vida, la que se ve cooptada y explotada. El trabajo no asalariado (expresado en uno de sus máximos ejemplos, las mujeres a lo largo y ancho de la Tierra que, para dedicarse a criar hijos, cuidar familiares enfermos o cualquier otro motivo, deciden no seguir llevando a cabo una vida laboral remunerada) también es víctima de la extracción de la tasa de beneficio. Tal como afirma la autora: “El conflicto no es con el trabajo asalariado, sino con todos los trabajos, también los no pagados” (Pérez Orozco 2017, 122).

La autora también destaca la terminología que Yayo Herrero, antropóloga ecofeminista, le asigna al capitalismo: una “lógica biocida” (ya vimos en el apartado anterior cómo es que, para llevar a cabo la acumulación infinita de capital, se requiere de la extracción infinita de recursos naturales, es decir, una empresa *terrorista*), como también rescata de Antonella Picchio la definición de capitalismo como una “economía de muerte”. Así es como podemos dar cuenta de que el capitalismo, tan defendido por los gobiernos neoliberales (ojo, no solo de derecha, sino que también por las “izquierdas” socialdemócratas) ha logrado extraer nuestra propia vida y la vida de la Tierra. Pero este no es el fin, aún hay esperanza y solo existe a condición de que seamos capaces de organizarnos y hacer brotar, desde las grietas que el capital deja abiertas con su máquina de muerte, múltiples formas de vida radicales, alternativas reales que pongan a la Tierra y a lo común por sobre la ganancia y la competencia económica.

Maurizio Lazzarato (2020b) afirma que el objetivo de las políticas neoliberales de crear “subjetividades empresariales”, es decir, la formación de “sujetos económicos”, personas que tengan internalizados los “valores” y conductas del capital (asumir riesgos económicos individuales, competir por acumular capital, tecnificar la vida y reducir toda decisión a la razón económica del costo-beneficio particular) ha conducido a crear subjetividades patológicamente depresivas y ansiosas, precarias a nivel mental, económico, político y social. Otra forma de entender esta subjetividad capitalista es lo que Tiqun (2008) entiende por *Bloom*: “El *Bloom*, inmutable no recubre tanto una ausencia de gusto como un singular gusto por la ausencia [...] el *Bloom* busca en la fuga fuera del mundo la salida de un mundo sin afuera [...] El *Bloom* es por tanto ese cuerpo distintivamente afectado de *una inclinación hacia la nada*” (Tiqun 2008, 10). O como Lazzarato (2020b) lo expone: “Se trata de un empobrecimiento de la existencia provocado por el éxito individual del modelo empresarial” (Lazzarato 2020b, 146). Estas son las subjetividades formadas por el capitalismo, aquellas que reproducen un nihilismo gélido a lo largo de nuestras comunidades. Frente a este panorama, se alza el repudio de las subjetividades que rechazan

esta forma de vida, se niegan a devenir “capital humano”, se niegan a devenir “hombre endeudado” (Lazzarato 2020b). La izquierda institucional (llámese partidos políticos o sindicatos) no ha sido capaz de resignificar estas subjetividades, alinearlas, coordinarlas, porque no son siquiera capaces de ofrecer respuesta a la crisis de representación actual, ni a la crisis social, ni mucho menos a la crisis ecológica. ¿A qué se debe esta incapacidad? Al hecho de que, por el lado sociopolítico, no son capaces de salir del paradigma de la democracia liberal, de pensar en una forma alternativa de organizarnos, y por el lado ecológico, tampoco han sido capaces de desligarse del capital fósil, ni de buscar alternativas totalmente novedosas y radicales de organizar una economía que ponga el bienestar común y el cuidado del planeta como prioridad número uno.

Actualmente, se requiere de la organización de las múltiples fuerzas de izquierda radical, desde los marxismos heterodoxos y antiestatistas hasta aquellos movimientos que se agrupan bajo el extenso paraguas del anarquismo, para experimentar e inventar nuevas formas de combatir las lógicas del capitalismo terracida y de las democracias liberales, lejos de los partidos políticos de “izquierda”:

Hoy, dado que estas fuerzas o desaparecieron o están completamente integradas en la lógica del capitalismo, lo que importa es inventar, experimentar y consolidar una macropolítica capaz, por una parte, de hacer salir de la democracia representativa (política y social) y de concentrarnos con lo que Guattari define como “revolución molecular”. Por otra parte, habría que reactivar el uso de la fuerza, de un poder de bloqueo y suspensión del sometimiento y del avasallamiento que pueda desempeñar la misma función que la huelga en el capitalismo industrial. Sin esto, la oleada neoliberal aplicará integralmente su programa: reducir los salarios al nivel de la supervivencia, reducir los servicios del Estado de bienestar al mínimo, privatizar todo lo que todavía queda en el dominio 'público', arrastrando a la población al proceso regresivo del hombre endeudado (Lazzarato 2020b, 149).

Entonces, tenemos la tarea, en tanto que anarquistas, de pensar alternativas a dos niveles: macropolíticos y micropolíticos. Respecto a las macropolíticas anarquistas, salta a la vista un conflicto clásico en el pensamiento ácrata: lo local vs lo global. Considero que, antes de caer en la infértil discusión de cuál de las dos es más importante, pensemos lo local como aquellas experiencias comunes que pueden servir de ejemplo a nivel global. Así, propongo uno de los pilares de una macropolítica anarquista debe ser pensar en la organización económica de “lo común”¹⁰. Para esto, la perspectiva de George Caffentzis y Silvia Federici (2020) nos puede dar una mano. Partiendo de la siguiente afirmación: “La historia nos enseña que la comunización es el principio que han seguido los seres humanos para organizar su existencia en la Tierra durante miles de años” (Caffentzis y Federici 257). La propuesta que intentan presentar busca repensar la idea de lo común y el desarrollo de organizaciones comunistas de vida: “[...] No vamos a construir una sociedad alternativa sobre la base de la nostalgia [...] Mirar, sin embargo, hacia atrás nos permite rebatir la afirmación de que la sociedad de los bienes comunes que proponemos es utópica o un proyecto que solo pueden llevar a cabo pequeños grupos: los comunes son un marco político desde el que podemos pensar las alternativas al capitalismo” (Caffentzis y Federici 2020, 259).

La basta experiencia política de estos pensadores los llevan a proponer varios puntos a considerar frente a las cada vez más letales embestidas de la máquina terracida capitalista: (1) construir nuevos modos de producción a largo plazo mediante espacios autónomos y autogobernados; (2) comunizar la propiedad permitiendo así el acceso equitativo a los medios de producción; (3) eliminar las relaciones jerárquicas debido a que bajo estas modalidades, los bienes comunes están más expuestos a su cercamiento; (4) por sobre los recursos, están las relaciones

10. Opongo “lo común”, tanto a “lo privado”, núcleo ontológico del capital, como también a “lo público”, núcleo ontológico de la organización estatal. De todas formas, esto no es un llamado a dejar que, actualmente, lo público sea fagocitado por las empresas privadas. Debemos defender lo poco que queda de “público”, pero sin perder de vista que, por sobre ello, debemos apuntar a recuperar lo que nos pertenece a todos del Estado (y del mercado, claro está), para fomentar el desarrollo de vidas en torno a “lo común”.

sociales. La comunalización es un hacer-común, no enfatizando la riqueza material compartida, sino más bien el desarrollo mismo de vínculos solidarios entre pares; y por último, (5) el establecimiento de regulaciones establecidas democráticamente entre los integrantes de cada comunidad para el cuidado de lo común y para evitar cualquier intento de apropiación privada y usufructo.

Bajo estas propuestas, las distintas agrupaciones que anidan su pensamiento y acto bajo los valores del anarquismo pueden cumplir un rol central. Errico Malatesta, anarquista italiano, ya nos indicaba que los seres humanos tenían dos formas de enfrentar las adversidades de la vida en común: la lucha individual contra otros de la misma especie u otra (el egoísmo y la competencia individual del capital), o el apoyo mutuo y la cooperación entre todos, posicionando a la solidaridad como la condición fundamental para alcanzar el máximo grado de bienestar y seguridad. Este apoyo mutuo, sin embargo, no requiere de instituciones centralizadoras de poder como el Estado. Afirmaba, así, que la anarquía se define como la sociedad sin gobierno, la sociedad de las asociaciones horizontales. Kropotkin (2009), el famoso príncipe anarquista ruso –título del cual renegó–, también vio manifiestamente la importancia de las asociaciones de apoyo mutuo en su tiempo: “Al lado de esa corriente que pretende con tanto orgullo ser la conductora de los asuntos de los hombres [llámese capitalismo], percibimos la fuerte lucha sostenida por las poblaciones rurales e industriales a fin de reintroducir instituciones de ayuda y apoyo mutuos estables” (Kropotkin 2009, 308). Por lo tanto, podríamos deducir de estos autores que podría resultar esencial para una macropolítica anarquista estar fundamentada en el desarrollo y profundización de una economía de “lo común”, bajo los estandartes sociopolíticos del apoyo mutuo y la solidaridad entre humanos, animales y biósferas. Solo así podríamos defendernos de los que buscan arrebatarnos la vida a la Tierra y a nosotros.

Ahora, ¿cómo pensar en micropolíticas anarquistas? Tal como Tiqqun (2008) afirma: “nosotros somos el *enemigo cualquiera* [...] aquel contra el que todos los dispositivos y todas las normas

imperiales se han agenciado" (Tiqqun 2008, 100). Somos anarquistas, feministas, ecologistas, marxianos, extranjeros, niños, animales, bosques, lagos y cuevas. El agenciamiento capital-autoritarismo nos condena, nos persigue, nos busca constituir en subjetividades empresariales, nos aplica métodos extractivistas, nos intercambia por dinero, nos reduce a capital. Frente a este nivel de violencia, no podemos tener inclinaciones hacia la nada, debemos constituirnos sujetos en guerra, una singularidad radical: "En las condiciones presentes, bajo el Imperio, toda agregación ética no puede constituirse más que en *máquina de guerra*, [la cual] es capaz de embates ofensivos, está en condiciones de librar batallas, de recurrir ágilmente a la violencia, pero no tiene necesidad de ella para llevar una existencia plena" (Tiqqun 2008, 106). Lazzarato (2020a) profundiza esta idea indicando que: "La finalidad de la máquina de guerra revolucionaria es frustrar esta articulación [la neutralización de la revolución por parte de los Estados] mediante una ruptura que suspenda las leyes de la maquinaria capitalista, especialmente la distribución de lo posible y lo imposible que implica, creando nuevas posibilidades para la acción [...] para realizar la 'mutación', la conversión de la subjetividad y la superación del capitalismo [...] debe tener por objeto la 'guerra' contra el capital" (Lazzarato 2020a, 143).

Por consiguiente, la máquina de guerra se presenta como una contribución esencial para el desarrollo de una micropolítica anarquista al congeniar con sus postulados de levantarse en rebeldía contra toda forma de autoridad y contra el capital. Si se vuelve necesario, debemos armarnos y combatir físicamente contra aquellos que destruyen nuestra vida, contra quienes arrebatan nuestra dignidad y contra quienes atacan a la Tierra. La violencia no es nuestro fundamento principal: ya vimos que lo son la solidaridad, el apoyo mutuo, y la defensa de lo común. Pero en estos tiempos, día tras días vemos cómo es que todos nuestros valores son arrancados de raíz y negados, toda multiplicidad de formas de vida busca ser homogeneizada por la máquina estatal y por la máquina del capital. Frente a esto, debemos llevarnos al extremo: devenir máquinas de guerra con el fin de subjetivarnos a nosotros mismos, singularizarnos radicalmente y hacer frente

desde todos los ámbitos posibles, desde las revueltas callejeras hasta las universidades, pasando por los barrios, las cárceles, los hospitales, los centros de educación primaria y secundaria, las selvas en peligro de ser taladas, los ríos y lagos en sequía, las minas por descubrir; solo así, organizados, es cómo podremos enfrentar de mejor manera los embates del capitalismo terracida y, en última instancia, pensando, experimentando y desarrollando formas de vida nuevas y rebeldes.

A modo de conclusión, debemos darnos cuenta de que estamos en medio de una guerra, pero no como las que se vivieron en el s. XX, entre Estados y sus fuerzas militares, sino más bien, en una guerra civil la cual se despliega a lo largo y ancho de la Tierra. Recordemos la frase de Alizart (2020): “La ecología es un campo de batalla”. Y esta guerra no la comenzamos nosotros, es más, fue declarada hacia nosotros, contra nosotros, hace siglos (pero por más antigua que sea, no pierde su contemporaneidad), por los fundadores del carbo-capitalismo y los defensores del capital fósil, es decir, los banqueros, los antiguos dueños de los medios de producción, los actuales CEOs de todas las empresas que solo subsisten a punta de extraer los recursos de la Tierra, con el único fin de transarlos en la bolsa, para seguir multiplicando su acumulación de capital. En resumidas cuentas, los que cimentaron la civilización de petro-mercado, y los que actualmente los protegen, todo Estado que, en última instancia, deviene ecofascista: “El fascismo y la guerra son siempre posibles porque esta racionalidad [la económica] tiende constantemente a lo ilimitado, a la explotación sin límites de la totalidad de los recursos, humanos y no humanos [...] el siglo XX nos ha enseñado que este desplazamiento [de los límites del capital] no puede hacerse sin guerras y sin violencia fascista” (Lazzarato 2020a, 91). El Estado y el capital no están separados como pretenden creer los marxistas más ortodoxos, ni mucho menos el primero es un polo vacío por hegemonizar, como creen los posmarxistas. No existe semejante –o aparente– autonomía del sistema gubernamental: la policía, las políticas públicas, las decisiones legislativas y el aparato judicial están subordinadas al capital. Por lo tanto, su exigencia de acumulación infinita, como ya

suponemos, logra que todos estos aparatos estén a su servicio. Así es como surge el agenciamiento capital-autoritarismo, los dictámenes del capital son reterritorializados por la máquina estatal, la cual pone al servicio de aquel el monopolio del uso de la fuerza. De esta forma, los Estados devienen ecofascistas, negando la crisis climática, permitiendo la extracción de los recursos naturales a escalas inimaginables, y dichas empresas que llevan a cabo estos procesos son defendidas por el brazo armado del Estado, la policía y los militares, de las comunidades que se rebelan en su contra.

Un ejemplo claro de esto se está viviendo en Chile hace siglos, entre el gobierno y el pueblo indígena mapuche, en el sur del país¹¹. Hace décadas que este conflicto se ha intensificado y basta con utilizar las bondades del internet para darse cuenta de la violencia con la que el gobierno chileno busca amedrentar a los locales. Mediante la militarización de la zona, años de asesinatos de dirigentes mapuche por parte de la policía, ataques de bandera falsa por parte de los gremios fascistoides de la región, se le ha declarado la guerra al pueblo que, históricamente, ha habitado esas tierras, incluso, desde antes de la llegada de los españoles. Dicha corona, en primera instancia, y el gobierno chileno, luego de su independencia, se han dedicado sistemáticamente a aniquilar cada pueblo originario que habitó esta tierra, pero el pueblo mapuche sigue firme en su *Wallmapu* (así es como denominan a la región que habitan), en consonancia con los tiempos de la tierra, sabotando y levantándose en armas si es necesario contra las empresas extractivistas –principalmente, papeleras– que arrasan con los bosques, y contra la policía militarizada que no tiene asco en invadir su territorio con tanquetas y metralletas si es necesario. De experiencias como estas debemos sacar aprendizajes que nos resulten útiles para enfrentar a la máquina estatal y capitalista.

Otra experiencia interesante es la que se está llevando a cabo en los bosques de Alemania. El 26 de febrero del 2021 comenzó la okupación del bosque Altdorfer, cerca de Ravensburg, una

11. Para una vista general del conflicto entre el Estado de Chile y el pueblo mapuche, ver: Tricot, T. 2014. *Palabras de tierra. Crónica de la resistencia mapuche*. Santiago: Ceibo Ediciones.

pequeña ciudad al sur de Alemania, cerca de la frontera con Suiza. Este bosque está en peligro de ser intervenido y talado por una empresa minera, la cual busca extraer los recursos de una cantera ubicada al interior de este. ¿Qué hizo la gente? Comenzó a construir plataformas en los árboles para poder habitar en ellos, y así oponerse a la destrucción de dicho territorio. En octubre del 2020, en Flensburg, al norte de Alemania, cerca de la frontera con Dinamarca, habitantes de la ciudad comenzaron a okupar el bosque de Bahnhofs, el cual se encuentra en medio de la ciudad y busca ser talado para construir un hotel y estacionamientos de automóviles. Recurriendo a la misma técnica, se instalaron en medio del bosque y evitaron que las máquinas pudieran entrar y destruir todo. Ahora, no en todas las ocasiones esto salió bien. Los Estados son implacables cuando de lo que se trata es de enfrentarse a sus más profundos intereses. En el bosque de Dannenrod, 27 hectáreas de su terreno buscan ser taladas para la construcción de una autopista. Activistas de los pueblos aledaños llegaron a hacerle frente a la empresa, levantando cientos de barricadas y construyendo casas en los árboles a lo largo del 2019 y 2020. La policía germana demoró dos meses en desalojar el bosque, empleando más de dos mil policías para llevar a cabo la operación.

Por último, rescatar la labor que está llevando a cabo movimientos de bloqueo y sabotaje, tales como *Ende Gelände*. Este se conforma por miles de militantes del ecologismo radical organizados de forma horizontal, practicando en sus recintos tácticas para romper cordones policiales y enseñando primeros auxilios, en pos de sabotear las distintas estructuras del capitalismo extractivista. Se han hecho cargo de entrar a minas a tajo abierto bloqueando excavadoras y vías de transporte de material mineral a centrales eléctricas, arruinando la producción del día y retrasando las excavaciones. Otros grupos, también, se preocupan de sabotear cableados eléctricos que llevan electricidad a minas como la de Hambach, quemar maquinaria, y destruir infraestructura específica, lo cual dificulta mantener una extracción al ritmo deseado, y en el mejor de los casos, lograr que se cancelen los planes extractivistas.

Con todos estos ejemplos de resistencia pretendo dar cuenta de que las formas de atacar al capital fósil y sus defensores no se reducen a la clásica (y anticuada) figura de “la Revolución”, aquella que para Marx sería “la locomotora de la historia mundial”. Me quedo con la respuesta que el filósofo Walter Benjamin (2009), el más pesimista de los marxistas –con toda razón–, le dirige a dicha afirmación: “Marx dice que las revoluciones son la locomotora de la historia universal. Pero tal vez ocurre con esto algo enteramente distinto. Tal vez las revoluciones son el gesto de agarrar el freno de seguridad que hace el género humano que viaja en ese tren” (Benjamin 2009, 58). Las revoluciones o, más bien, las revueltas, los actos de rebeldía, son y serán la interrupción del progreso que tanto defiende la civilización de petro-mercado, nunca su motor. De esto tenemos que ser conscientes.

La Tierra lleva siglos bajo ataque de los defensores del capital fósil, pero en estos últimos cuarenta años, las condiciones de vida –y muerte– se han intensificado hasta su máxima potencia. Requerimos del desarrollo de estrategias y de unidad en la revuelta. De los marxismos requerimos de sus distintos análisis de la acumulación capitalista, tal como desarrollamos en el segundo apartado de este escrito. En última instancia, nadie como Marx dio cuenta de todas las premisas, consecuencias y dificultades que el capitalismo trajo y trae consigo. Pero tal como Chiara Bottici (2013) afirma, el anarquismo es el antídoto contra las degeneraciones estatistas del marxismo y contra toda especie de autoritarismo. Las formas de vida que se desarrollan bajo el alero de los anarquismos –sin contar, claramente, con esa quimera que se hace llamar anarcocapitalismo– están ancladas, profundamente, en el desarrollo individual sin dejar nunca de lado la comunidad, bajo el apoyo mutuo, la defensa de la comunalidad y el libre desarrollo de una vida que se opone y se construye en la negación de las jerarquías entre humanos, negando la dominación sobre los animales y, sobre todo, negando el dominio de la Tierra. Estas nuevas formas deben vivir en consonancia con sus ritmos, en conjunto con sus bosques, lagos y mares. Solo subordinándonos a la ecología y sus necesidades es que podremos salir vivos de esto.

Bibliografía

- ALIZART, M. (2020). *Golpe de Estado Climático*. Buenos Aires: La Cebra.
- BENJAMIN, W. (2009). *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre historia*. Santiago: LOM Ediciones.
- BOTTICI, Ch. (2013). "Black and Red: The Freedom of Equals" En *The Anarchist Turn*, por Jacob Blumenfeld, Bottici, Chiara y Critchley, Simon (eds.), 9-34. Londres: Pluto Press.
- CAFFENTZIS, G., y SILVIA FEDERICI. (2020). "Comunes contra y más allá del capitalismo" En *Neo-Operáismo*, por Mauro Reis (comp.), 255-274. Buenos Aires: Caja Negra.
- CEBALLOS, C. (2020). "El Desconcierto" *Socio de LarrainVial: "No podemos seguir parando la economía, debemos tomar riesgos, y eso significa que va a morir gente"*. 08 de abril. Acceso 20 de marzo de 2021. <https://www.eldesconcierto.cl/economia/2020/04/08/socio-de-larrainvial-no-podemos-seguir-parando-la-economia-debemos-tomar-riesgos-y-eso-significa-que-va-a-morir-gente.html>.
- CHIPMAN, K. (2020). "Water Futures to Start Trading Amid Growing Fears of Scarcity" *Bloomberg*. 06 de diciembre. Acceso 10 de marzo de 2021. <https://www.bloomberg.com/news/articles/2020-12-06/water-futures-to-start-trading-amid-growing-fears-of-scarcity>.
- DELEUZE, G., y FÉLIX GUATTARI. (1985). *El Anti-Edipo*. Barcelona: Paidós.
- DELEUZE, G. (2017). *Derrames II. Aparatos de Estado y Axiomática Capitalista*. Buenos Aires: Cactus.
- DI MUZIO, T. (2015). *Carbon Capitalism. Energy, Social Reproduction and World Order*. Lanham: Rowman & Littlefield.
- ENGELHARDT, T. (2013). "Terrarism, Terracide" *The Nation*. 23 de mayo. Acceso 17 de marzo de 2020. <https://www.thenation.com/article/archive/terrarium-terracide/>.
- GAGO, V., y SANDRO MEZZADRA. (2020). "Para una crítica de las operaciones extractivas del capital. Patrón de acumulación y luchas sociales en el tiempo de la financiarización" En *Neo-Operáismo*, por Mauro Reis (comp.) 275-295. Buenos Aires: Caja Negra.
- GRAEBER, D. (2014). *En Deuda. Una Historia Alternativa de la Economía*. Barcelona: Ariel.
- HANSLER, J. (2019). "Pompeo: Melting sea ice present 'new opportunities for trade'" *CNN*. 07 de mayo. Acceso 10 de marzo de 2021. <https://edition.cnn.com/2019/05/06/politics/pompeo-sea-ice-arctic-council/index.html>.

- KROPOTKIN, P. (2009). *El Apoyo Mutuo*. Caracas: Monte Ávila.
- LAZZARATO, M. (2020a). *El capital odia a todo el mundo*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- LAZZARATO, M. (2020b). “Después del fin del sistema de representación. Desobediencia y procesos de subjetivación” En *Neo-Operalismo*, por Mauro Reis (comp.), 145-151. Buenos Aires: Caja Negra.
- MALM, A. (2020). *Capital Fósil*. Madrid: Capitán Swing.
- MARX, K. (1975). *El Capital*. Madrid: Siglo XXI.
- . (1971). *Elementos Fundamentales para la Crítica de la Economía Política*. Madrid: Siglo XXI.
- MARX, K. (2015). “La Llamada Acumulación Originaria” En *Antología*, 330-384. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- MITCHELL, T. (2011). *Carbon Democracy: Political Power in the Age of Oil*. London: Verso.
- PÉREZ OROZCO, A. (2017). *Subversión feminista de la economía. Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida*. Madrid: Traficante de Sueños.
- READ, J. (2003). *The Micro-Politics of Capital. Marx and the Prehistory of the Present*. Nueva York: State University of New York Press.
- TAIBO, C. (2019). *Colapso. Capitalismo terminal, transición ecosocial, eco-fascismo*. Santiago: Editorial Eleuterio.
- TIQQUN (2008). *Introducción a la Guerra Civil*. Santa Cruz de Tenerife: Melusina.
- U.S. Energy Information Administration. (2020). “Country Analysis Executive Summary: China” *EIA*. 30 de septiembre. Acceso 15 de marzo de 2021. <https://www.eia.gov/international/analysis/country/CHN>.